

Diversidad, desigualdad e ingenio. El factor cultural de las relaciones exteriores en México*

Ricardo Pérez Montfort

Insistir en el fenómeno de la diversidad, de la multiculturalidad en México, nunca es ocioso. En ese sentido, espero que este breve ensayo sirva para reflexionar sobre la importancia de lo que podría ser el factor cultural de las relaciones exteriores en nuestro país.

El desarrollo económico, político e intelectual de México está marcado por la diversidad, la desigualdad, cierto afán destructivo y una buena dosis de ingenio. Si bien en algunos momentos del siglo xx se intentaron distribuir las riquezas y apuntalar las creatividades, no cabe duda que la pobreza, la desnutrición, el analfabetismo y, ante todo, la marginalidad, han estado y siguen presentes en muchas regiones del país.

El crecimiento desigual, las políticas de desarrollo equivocadas y la destrucción de zonas fundamentales para la cultura y la ecología de nuestro territorio han impactado negativamente en muchos aspectos del quehacer cotidiano nacional; desde las zonas extremas hasta el mismísimo centro del país.

*La versión original de este trabajo fue presentada en el panel "La cultura como instrumento de política exterior", durante la XV Reunión de Embajadores y Cónsules de México, que tuvo lugar en la Cancillería, los días 7 y 8 de enero de 2004.

La diversidad pareciera más un estigma que una virtud. Desde épocas inmemoriales no han faltado quienes pretendieran, y aún hoy pretenden, pensar e imponer una sola visión hegemónica de la historia, la cultura y la fisonomía de México. Sin embargo, la creatividad, la diversidad y el ingenio han caracterizado las actividades productivas, las propuestas políticas y, no se diga, las manifestaciones culturales de una infinidad de mexicanos, desde su dimensión individual hasta las múltiples áreas de la industria, la generación de materias primas y básicos y, por supuesto, la cultura.

Recorriendo histórica, cultural, económica, tecnológica y políticamente la evolución de miles de productos mexicanos, que han tenido aceptación relevante en el mercado internacional, como el maíz, el tequila, el petróleo y hasta la propia literatura, es posible mostrar que México ha logrado avances espectaculares gracias a ese ingenio y a esa creatividad, pero sobre todo, a la tenacidad y a la diversidad de las expresiones culturales frente a la adversidad de la naturaleza, la política o las pretensiones hegemónicas, en materia cultural tan sensibles, por cierto, al medio diplomático, y cuya importancia empieza a sentirse en forma particular a lo largo de los siglos XIX y XX.

Como prueba del ingenio y la creatividad se pueden recorrer las grandes obras hidráulicas, o las propuestas urbanísticas, que desde la época prehispánica hasta hoy en día caracterizan el mundo cultural mexicano. Desde la ciudad en la isla de Tenochtitlan hasta los pasos a desnivel que tanto se discuten en los primeros años del siglo XXI constituyen una muestra de ello.

Las pirámides de Teotihuacan, de Cholula, de las culturas del Golfo y de occidente, o de la zona maya; las construcciones coloniales del desagüe de la cuenca central del Valle de México; la reestructuración de los puertos de Veracruz y Coatzacoalcos a finales del siglo XIX; los puentes inmensos de Jalisco-Colima o

de la región de Tabasco y el istmo de Tehuantepec; los sistemas acuíferos de San Felipe o Milpa Alta, o las propuestas para rescatar la agonizante cuenca del lago de Pátzcuaro, se pueden ir identificando, todos ellos, de esta dimensión creativa mexicana, y de esta importante dimensión del ingenio nacional.

Entre lo monumental y lo pequeño se ha logrado destacar lo propio, no sólo por el trabajo masivo e individual, sino también por ese ingenio y esa capacidad de sortear las adversidades con algo que los anglosajones llaman el *know how*, y que parece estar en cada acontecer mexicano cuando se logra conocer y dominar la naturaleza, y al mismo tiempo convertir el quehacer humano en algo que lo beneficia para su propio disfrute. Este fenómeno del *know how*, que en mi opinión se traduce más como “el ingenio” que como el “saber hacer”, parece ser uno de los factores centrales en la capilaridad entre lo popular y lo académico que existe tácitamente en la cultura mexicana.

En materia de creatividad cultural y de ese ingenio mexicano se pueden dar innumerables ejemplos. ¿Qué sería del muralismo mexicano sin el conocimiento de los pigmentos y técnicas populares de fijación del color con base en la cal y la baba del nopal? ¿Qué sería de la música sinfónica mexicana sin las aportaciones fundamentales del teponaxtle o el tlapanhúetl, el monocordio tepehuano o los huesos de fraile de los concheros? Sin esas técnicas, ¿serían Diego Rivera o Carlos Chávez tan reconocidos en el ámbito internacional?

¿Existiría el ballet folclórico de Amalia Hernández sin los fandangos campesinos jarochos o los bailes de tinaja de Tierra Caliente? O, peor aún, sin el conocimiento básico de cómo se baila un jarabe tapatío en la actual explanada urbana del mercado de San Juan, en Guadalajara, ¿se tendría alguna idea de cómo hacer una “fiesta mexicana” en la embajada de Nueva Zelanda?

¿Cómo le haría para sobrevivir una gran parte de las comunidades indígenas mexicanas sin el cultivo, “a la chita callando”, junto con el maíz, el frijol, el chile y el tomate, de la marihuana? O, en medio de sus milpas, ¿cómo le harían sin el café, la vainilla, el cacao, el ixtle, el camote, el chícharo, la zanahoria, la cebolla, el ajo y tantos otros productos de la tierra, por demás inofensivos?

No cabe duda que la creatividad popular le ha dado una fisonomía cultural muy particular a este país porque, hay que decirlo, la academia sin pueblo, simplemente no tiene sentido. ¿De qué nos sirve hablar de Heidegger sin conocer el refrán popular de “a lo que te *truje*, Chenchá”?

La academia, es cierto, ha dado lustre y nombre a México. Sin embargo, es más bien la expresión de lo propio, de lo local, lo que ha hecho de la misma un decir por sí misma. Es, en fin, el mundo combinado de lo popular y lo académico lo que ha dado un resultado relevante en materia literaria mexicana, como expresión propia frente al resto del mundo, a lo largo de toda su historia.

Quienes formularon los principios de la actividad diplomática cultural en los inicios del siglo xx mexicano así lo entendieron. Ahí están, como clarísimos ejemplos, Amado Nervo, Alfonso Reyes y José Rubén Romero. Pero, ¿lo entienden así los diplomáticos contemporáneos? No lo sé. Me pregunto, ¿cómo es posible pensar en aportaciones nuestras a la cultura mundial si, cuando se piensa en México, se piensa en una cultura ajena, no se diga a la mexicana, sino en general a la latinoamericana?

Peor aún, ¿cómo se puede presentar la diversidad y riqueza cultural de toda una región del planeta si lo que importa es responder a clichés y estereotipos claramente establecidos e impuestos por los medios de comunicación masiva, que sólo sirven para asociar la conjunción anodina de esas ideas que unen la fiesta con la siesta? Fiesta y siesta no van de la mano en la

cultura mexicana. El cliché, sin embargo, las ha convertido en hermanas tan sólo porque suenan, al oído del gringo y de no pocos mexicanos, como algo semejante.

La unicidad no parece ser una virtud, como lo pregonaba el poder hasta hace muy poco tiempo. Y quién sabe si lo sigue pensando. Un solo México, con un solo pueblo y una sola historia es una falacia; en el fondo, es una inexistencia.

Más bien, la diversidad y la multiculturalidad son las que han caracterizado y caracterizan hoy en día a este país, que insiste en construirse e ingeniárselas para pasar por la vida de cualquier modo, de cualquier manera, todos los días, en función de incorporar a un conjunto poliforme lo escaso que cada propuesta puede aportar. Desde el *archiconocido* alambrito hasta las sofisticadas redes del comercio exterior y el intento mismo de pretender poner a todo un país, a todo lo que somos, en un pequeño portal de internet, *www.mexico.com*, y todo lo que cabe en medio; eso es la diversidad y la multiculturalidad de este país.

Desde los mercados populares hasta los enormes *malls* hay claros ejemplos de la enorme variedad de productos y espiritualidades que desde épocas inmemoriales hasta la fecha se cultivan y circulan en México por y para el mundo. Ahí están desde el toloache hasta las manitas de puerco, desde los adornos del *merry christmas* hasta los polvos del enamoramiento, desde la lengua de chucho para el asma hasta la hueva de salmón para el *sushi*, por sólo mencionar unos cuantos ejemplos.

Los diversos oficios, que permiten la elaboración de productos propios y la especificidad de los mismos, también pueden servir como ejemplo de esa multiplicidad cultural de un pueblo siempre inquieto, capaz de presentar su faz con innumerables propuestas. La alfarería, la cestería, los textiles, los grabados, la metalistería, el trabajo con el vidrio, con el cuero, con la tierra, con la madera, con lo que sea. El trabajo en sí

mismo y con características propias es, y parece ser, muy mexicano, a pesar de nuestra fama de poco trabajadores.

Aunque no se quiera aceptar como elemento central de la mexicanidad, el mismísimo trabajo ha sido y es un rasgo definitorio de lo que podríamos llamar un *estilo mexicano*. El asunto no es lo folclórico o la artesanía sino el trabajo como tal. Porque se trata de reconocer que para ser hay que trabajar, y trabajo cuesta no sólo hacer las labores y los productos que hemos mencionado, sino mantenerse vivo en un país como éste, tan dado a las corruptelas, al clientelismo, a los compadrazgos, a las autocomplacencias; en fin, a los ninguneos y a los olvidos.

Pero también es cierto que, como en todas partes del mundo, trabajo cuesta mostrar a los otros la importancia del trabajo propio y el ajeno. La creatividad y el ingenio mexicanos se han demostrado no sólo en la capacidad de adaptar elementos de una cultura a otra en toda clase de áreas. Pongamos un par de ejemplos en materia tecnológica: la invención del método de azogue en la minería novohispana, aquí en lo que hoy es el territorio mexicano, y que revolucionó la minería en el plano mundial, o la creación de la máquina de hacer tortillas, a mediados del siglo xx que, dicho sea de paso, según informes un tanto clandestinos, ha ayudado a que en algunas regiones de Estados Unidos la producción de tortillas supere la del pan blanco.

Cierto es que hay una enorme cantidad de efectos negativos en el desarrollo mexicano, sobre todo cuando se ha querido parecer o incorporar a los procesos mundiales que poco le corresponden, como sucedió durante el Porfiriato, o como se ha querido llevar a cabo a partir de los convenios internacionales más o menos contemporáneos, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

La mala distribución demográfica y económica del país, sin embargo, ha dado lugar a los casos insólitos de ciudades como Monterrey, Torreón y Ciudad Juárez que, en medio de

condiciones particularmente inhóspitas, se han constituido en importantes centros de actividad comercial e industrial, combinando los modelos externos con las capacidades internas.

Pero, en función de esos éxitos económicos, no hay que soslayar los logros de diversas comunidades del sur y de la costa en el cultivo y exportación de productos importantes como el café, el melón y el tomate que, lamentablemente, diversas administraciones públicas han considerado prescindibles en sus programas de protección para el campo mexicano. Es increíble cómo esas administraciones, que fueron *quesque* ungidas por el voto popular, se convirtieron, y aún hoy lo son, en las principales enemigas de la población rural de este país, partiendo de la base de que es más importante estar presente en los números internacionales que en la solución de las necesidades cotidianas.

Sin embargo, la laboriosidad y el afán empresarial, la creatividad y ese ingenio que me atrevería a calificar de nacional, son puntualmente diversos y pertenecientes a nuestra particular idiosincrasia, frente a una adversidad que, como ya se dijo, tanto la naturaleza como la ignorancia, la incapacidad o la codicia humanas, se atreven constantemente a confrontar. Esas características nacionales viven en el territorio mexicano, cotidianamente, en una lucha sin cuartel.

Ése parece ser el ritmo que rige el latir de un corazón propio y múltiple, que está muy lejos de fórmulas preconcebidas y de estereotipos armados por y para la facilidad del consumo exterior. La diversidad, la originalidad y por supuesto la desigualdad marcan los pasos de una cultura verdaderamente mexicana, que todavía está por descubrirse frente a los atavismos de una visión monolítica, cargada de grandes nombres, acontecimientos heroicos y aportaciones artísticas únicas, sancionadas por grupos especialmente favorecidos por las mafias y el poder.

Las frecuentes concesiones a los intereses ajenos de las poblaciones y de las culturas locales están representadas por la síntesis que puede observarse en los enormes contrastes que se viven en la gigantesca extensión de la ciudad de México. Además de concentrar prácticamente la totalidad de las decisiones políticas del país, el centralismo ha determinado, curiosamente, los valores regionales del mismo. Desde la ciudad de México se ha decidido quién es el charro, qué es lo jarocho y hasta qué se necesita para pertenecer a una etnia indígena.

Frente a magníficas propuestas arquitectónicas y urbanísticas se encuentran, es cierto, sitios plagados de marginalidad y pobreza, con sus innumerables vendedores ambulantes, sus ciclistas, sus ruleteros, sus voceadores, sus policías, sus *darkis*, sus clases medias y sus aristocracias de Mercedes-Benz y “guaruras”. Sus locales, plagados de chucherías, cachonderías y tanta maravilla, se quieren dar un *quién vive* con los corridos del narco, los neozapatistas, las manifestaciones por las muertes de Juárez y ese constante ir y venir de los migrantes, tan nacionales, tan locales, pero, a la vez, tan internacionales. Todo ello representa en multitud lo que de veras somos, hoy en día, aquí, en esta ciudad.

Reconocerlo permitiría hacer viable lo que los mexicanos hemos hecho de estas ciudades y de este país, lo que racionalmente pareciera imposible, pero que existe y está ahí. Basta abrir los ojos para verlo. No es sólo el país que interpretan los artistas en boga o de antaño, o el país de los intelectuales de las consabidas mafias y las referencias obligadas, o de los *name dropper intellectuals*, o de las bandas institucionales, o de los que dicen saber y de los que no quieren tener nada que ver; de los que están en el ajo o de los que se esconden de ese mismo ajo.

México es, por sí mismo, un universo que merece aparecer en todo el mundo como lo que de veras es, lo que aparenta ser y lo que pretende ser. Ahí está la propuesta para quien se dice

que quiere representar a la cultura mexicana frente a lo que el mundo le ofrece a México. La maravilla de este país no se encuentra en la mente y la palabra de un político, o en una serie de frases autocomplacientes y nacionalistas. La maravilla está aquí y hay que verla como un faro multívoco, que reconoce la multiplicidad de su propia dimensión, y la convierte en luz para iluminar a quien quiera saber algo de lo que somos y seguimos siendo.

En materia de política cultural hacia el exterior, y no se diga hacia el interior, aunque pareciera repetitivo, habría que insistir en que el México de hoy ya no es el país que responde a la visión de un grupo de intelectuales, gobernantes, mafias o grupos detentadores de tal o cual línea cultural; por el contrario, se trata de un país con una diversidad, una complejidad y una dimensión cultural tan amplia que es capaz de desafiar cualquier afán de homogeneizar y unificar.

Para ser congruente con su historia y sus recursos culturales, México, a través de sus representaciones internacionales, debería manifestarse cada vez más como un homenaje a la multiplicidad y a la capacidad de salir adelante en condiciones adversas, y no como una arcadia bucólica en la que el arte y la literatura se dan como peras en el olmo.

¿Por qué no presentar a la cultura mexicana como un espacio posible en función de esa diversidad y capilaridad, y no tanto como un espacio dado con *big names* y *capital numbers*, que reitera la eficiencia del muralismo o del ballet folclórico como capital cultural trasnochado?

Sin seguir el prototipo comercial de “como México no hay dos”, no estaría mal que desde el ámbito de las relaciones internacionales se dejara a un lado al México pintoresco y folclórico elemental de los charros y las chinas, de la fiesta y la siesta, para pensar en un país menos *folk* y más real; menos simple, más complejo; menos Televisa, más desierto del Vizcaíno; me-

nos disco, más fandango; menos *Porsche* y más camino del norte; menos visión para turistas y más visión de lo que realmente está ahí.

Que cuando nos presentemos, por lo menos aparezca la pregunta: *¿De veras somos esto?*